

21/9/95



Un tranvía circula por una calle lisboeta.

WORLD MEDIA

## La ciudad tatuada

JOSÉ CARDOSO PIRES

**L**isboa a nuestros pies. Dejamos el Tajo, dejamos el escenario de las siete colinas, y paseamos por ella a cielo abierto, ciudad azul de Vieira da Silva, ciudad blanca según Tanner, ciudad ocre del marqués de Pombal, y cuando miramos el suelo vemos sus piedras brillantes ilustradas por generaciones de artesanos a los que llamamos pavimentadores.

Artistas sin firma es, en el fondo, lo que siempre fueron y siguen siendo. Con su hábil martillo, hace dos siglos bien contados que introducen en la blancura de los pequeños paseos lascas de basalto como quien introduce diamantes oscuros, y son maestros en imaginar figuras o fantasear ornatos.

Pero a veces llegan a las inscripciones caligráficas, con el rigor de un compendio trabajado, como si redactasen en belleza para la eternidad. Por eso, en alguna parte, ya no sé dónde, nace debajo de mis pasos una letra floreada, una inicial bordada en piedra menuda como si fuera un monograma de la ropa. Y en otro sitio, un nombre de mujer.

"Leontina", leo con la punta del zapato, y detengo la mirada: ¿qué eterno apasionado quiso así hacer público su compromiso con la amada secreta? Y las fechas que aquí y allá nos asaltan por el camino: ¿por qué esas fechas?, me pregunto. Algunas, a la entrada de los establecimientos, conmemoran de forma burguesa un pacto comercial,

como se ve pronto; otras son históricas. Pero algunas surgen caprichosas, y son tan misteriosas como las que algunos hombres de mundo y de aventura llevan consigo tatuadas para siempre en la piel.

Ilustradores de las calles y caligrafos a bajo precio, los empedradores dibujan y escriben el suelo que nosotros, los de Lisboa, pisamos todos los días. Escriben y después se apagan, muy anónimos. Pero en la calle de Junqueira dejaron los paseos puntuados con comas de piedra; en la Estrela, a la puerta del colegio, vocales dispersas para que la gente deletree al andar y, en Benfica, trazos de buena letra recortados en la calzada.

Pero si un día tenemos la suerte de descubrir a estos maestros en su trabajo, agachados a ras de las piedras, con el martillito en el aire, percibiremos que estamos ante unos escribas agachados en una manera más que antigua. Entonces sí que los reconocemos como cronistas de la ciudad, que labran su letra y su dibujo punteando el trazo, según la regla de los ilustradores de la piel. Lo que hacen es tatuar, porque, con penetraciones rituales, revisten el cuerpo de la ciudad con tatuajes impresos no con tinta sino con piedras agudas.

Así, fechas, nombres de mu-

jes, flores, espadas, velas y tantos otros símbolos de mar y de guerra, que figuran en la escentificación de los hombres, se repiten en la ciudad. Esa sirena que juraría que había visto grabada en colores sobre el pecho de un pescador se me apareció, poco después, en encaje de granito en el Largo do Chiado, a los pies de la estatua de Camoens. Y ese corazón, tantas veces traspasado por una flecha de pasión, surge ante mí a todas horas, puesto a la sombra de los cipreses del Cementerio Oriental, marcado por otra muerte. ¿Y los delfines, los famosos delfines cantores que surcaban los antiguos imperios de las aguas?

Yo aseguro que tanto podemos ver los delfines tatuados sobre el hombre-diablo, que vomita llamas hacia el cielo en las noches de la Feria Popular, como representados en la placa de la Praça do Comércio, frente al Tajo, por donde antes pasaban los otros, los que eran de verdad.

Recorrer los preciosos empedrados de Lisboa es una lectura que tiene que ver con nuestra historia de hijos de la mar y con nuestra mitología urbana. Navas errantes medio locas o carabelas de rumbo fijo se cruzan con nosotros a cada paso, en los mosaicos de calzada a la portuguesa que recubren los caminos de Lisboa. En la Graça, en el

popularísimo Barrio da Estrela de Ouro, está grabada en el suelo un ancla retorcida de tanta belleza imaginada, que se convirtió en mítica para siempre. Lo mismo puede decirse del cuervo, ese ave símbolo de la capital que al cabo de tanto saltar por los empedrados de São Bento, de Almirante Reis, de la avenida da República, que sé yo de dónde, se hizo tan eterno para todos nosotros que se transfiguró y ganó nombre de santo. Es verdad. El lisboeta de verdad le llama Vicente. ¿Cabe imaginar algo mejor?

Los cuervos, cuervos de taberna y carabela, también ligan el mar a la ciudad, porque vinieron de las olas a proa del cadáver de un santo, y anclaron en esta puerta de Europa con honores de embajada. Los contemplo en las piedras del suelo como figuras de un antiguo tapiz, y prosigo mi marcha. Ya en lo alto del Castelo descubro una concha dibujada. Aquí está: el mar. En otra colina, un buzo. Y, entre el Tajo y Os Jerónimos, me doy de bruces con una esfera armilar del tamaño de los océanos.

Fijense: allí, más adelante, hay olas. Una extensión de ritmos pautados en azul granito que se extienden por el pavimento golpeado por el sol. Parece una piel tatuada con un paisaje marino, que se arruga, ondulante, y que atravieso como si navegase.

Como si navegase, como si navegase. Allá voy, pues, allá voy, con Lisboa a mis pies.

José Cardoso Pires es escritor.

Los  
empedradores  
dibujan el  
suelo que  
los lisboetas  
pisamos